



Nadie
por delante Lorenzo
Silva



DESTINO

Nadie
por
delante

Lorenzo
Silva

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1574

© Lorenzo Silva, 2022
www.lorenzo-silva.com

© Editorial Planeta, S. A., 2022
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com
www.edestino.es

Primera edición: mayo de 2022
ISBN: 978-84-233-6156-4
Depósito legal: B. 5.667-2022
Composición: Realización Planeta
Impresión y encuadernación: Black Print CPI
Printed in Spain - Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

Índice

Palabra preliminar.	9
-----------------------------	---

Prólogo

VIENTO DE LEVANTE

1. Partiendo la pana	19
2. Ponerse a prueba.	25
3. Buscarse la vida.	31
4. Zafarrancho de combate	37
5. Pinturas de guerra	43
6. Mínima fuerza necesaria	49
7. Tiempo duro de levante	55

I

LA FURIA DEL MAHDI

1. El avispero.	65
2. Soldados de fortuna	71
3. Solos en la noche.	77
4. <i>Ninjas</i> a las diez.	83
5. Ilusión de seguridad.	89
6. La luz azul.	95
7. Así se escribe la Historia	101

II PARA HABERNOS MATADO

1. Shin-chan	111
2. Ojos en la nuca	117
3. RPG a las tres	123
4. Rata, sácanos	129
5. Un despropósito	135
6. Lo que haya sido	141
7. Quien nada teme	147

III LOS ÚLTIMOS DEL CALIFATO

1. Viking Storm	157
2. IED	163
3. Fuego amigo	169
4. Don Pelayo	175
5. Esquivando suicidas	181
6. La raya en la arena	187
7. Como el humo	193

IV CAZANDO FANTASMAS

1. Paquete de inteligencia	203
2. El método	209
3. <i>Dry hole</i>	215
4. Quién es el cazador	221
5. <i>Jackpot</i>	227
6. Mantener el tipo	233
7. <i>Happens to the Heart</i>	239

Epílogo
RETIRADA

1. A qué esperan	249
2. Como los jubilados	255
3. <i>Mad Max</i>	261
4. Juez inapelable	267
5. Como dispararle a un hombre	273
6. Después de tanto esfuerzo	279
7. Y nadie por detrás	285
Agradecimientos	291
Anexo. Mapas de los teatros de operaciones	297

I

Partiendo la pana

Ocurre en el momento que Jorge, alias Ruina, lleva esperando desde que empezó el concierto. Los de Estopa atacan el estribillo de *Partiendo la pana*, una de esas canciones que se quedan grapadas al cerebro, por las que son tan famosos y a Jorge le gusta escucharlos y le gusta incluso estar allí, rodeado de gente sudada en la pegajosa noche alicantina. Canta a voz en cuello con ellos y con el resto del auditorio las hazañas del fiero que reina en el bar, invitando a cañas y repartiendo leña, cuando siente desde el bolsillo del pantalón la vibración del aparato que lleva siempre encima. Sabe que no puede dudar y no duda: lo saca y ve en la pantalla iluminada lo que ya se temía. Que el concierto se ha acabado para él y para los suyos.

Los va buscando entre el gentío y les hace la señal convenida, que todos captan a la primera. Algunos han leído un mensaje semejante en su móvil y no tiene que decirles nada, ya se apartan por sí solos de la fiesta a la que han dejado de pertenecer, reclamados por otra cuyo verdadero cariz todavía no intuyen. Están disponibles y los han activado, pero lo normal es que se trate de un ejercicio de instrucción.

En la base, de hecho, esa es la idea predominante, al principio. Alguien ha tenido la mala leche de montarles un ejercicio justo esa noche del 11 de julio, cuando muchos de los integrantes del único grupo que está al completo—los otros dos se ven diezmados por los permisos estivales— habían quedado para ir al concierto. Hay quien habla de que los envían al sur, a pasar calor. Da igual. Lo mismo les aguardaría en el campo de San Gregorio, en Zaragoza, o en la zona de los Monegros, a donde van con frecuencia y que nada tienen que envidiarles al Sáhara o a las planicies afganas en julio.

En eso, Ruina se cruza con uno de sus compañeros, que ahora está asignado a la segunda sección del mando de operaciones especiales, o lo que es lo mismo, en tareas de inteligencia. Se llama Luis, pero como todos allí tiene su nombre de guerra, Bacterio. Es él quien le saca de su error y le desvela para qué los han concentrado:

—De maniobras nada, tío. Los moros han invadido un islote que hay al lado de Ceuta. Perejil, se llama. Aquí me tienes, averiguando a toda hostia todo lo que pueda sobre él. Los mapas que tenemos son una mierda y las fotografías aéreas tres cuartos de lo mismo.

Ruina no da crédito.

—¿Y nos van a mandar a nosotros?

—O no. Dependerá del Gobierno, para empezar, y después del que ande más vivo. Nosotros, la Armada, qué sé yo. Pero nuestro general se ha adelantado a proponer que si hay narices de ir a por ellos seamos nosotros. Y ya va camino de Madrid con un plan.

—¿Qué plan? —pregunta Ruina, para irse haciendo a la idea de lo que tendrá que exigirse y exigirles a sus hombres.

—Eso de momento es secreto. Que ni yo lo sé, vaya.

En las horas y días sucesivos el secreto se destapa rápidamente, tampoco hay tantas posibilidades. Les piden que preparen material para un asalto a la isla con lanchas neumáticas. A Ruina la opción no le gusta ni mucho ni poco. Por lo que se sabe, la isla es pequeña y de perfil escarpado, salvo una playa mínima donde parece que se han instalado los marroquíes. La invasión la consumaron efectivos de la Gendarmería Real, que desoyeron el requerimiento de la patrullera de la Guardia Civil para desalojarla y que después fueron relevados por un contingente reducido de Infantería de Marina. Gente más aguerrida y bregada, en principio. Hace poco más de un mes, Ruina ha estado de maniobras con los marroquíes, los conoce bien. No son enemigo para sus hombres, pero están ya sobre el terreno y eso es un plus: tampoco hay que subestimar nunca a un adversario.

Alguien disuade finalmente a los jefes del ataque anfibio. A partir del segundo día empiezan a preparar ya un asalto por aire. La idea es descender con helicópteros sobre la parte más alta de la isla, unos ochenta metros sobre el nivel del agua, y desde ahí bajar limpiando hasta el mar. En la base todo son rumores, nada claro ni seguro: el caso es que cada vez suena con más fuerza el runrún de que con su iniciativa el general le ha ganado la mano a la Arma-

da. Que si hay finalmente una intervención para sacar a los marroquíes serán ellos quienes la ejecuten, para contrariedad de los infantes de Marina, que poco menos que se sienten como los naturalmente designados para neutralizar a sus equivalentes marroquíes. Haber renunciado a la idea de las lanchas les da a ellos toda la prioridad. Los de Marina tienen también helicópteros, pero no con todos los recursos de cara a un asalto aerotransportado con que cuentan los del Ejército.

Transcurren los días en medio de una tensión creciente. Dicen las noticias que los marroquíes han hecho una demostración naval en aguas de las islas Chafarinas, respondida por la Armada española con un despliegue inmediato y por el Ejército con el refuerzo de las guarniciones de las islas y los dos peñones de soberanía española, Alhucemas y Vélez de la Gomera. En los medios se cruzan las dos posturas abruptamente contrapuestas que siempre se suscitan entre españoles: unos dicen que hay que dejarles a los marroquíes que se queden la piedra, cuya única utilidad conocida, además de servir de refugio a narcos y contrabandistas, es proporcionar pasto al rebaño de cabras de una lugareña de la costa próxima; otros, que hay que responder con contundencia. Alguno llega a decir que la solución es mandar una escuadrilla de F-18 a bombardear Rabat. Un cachondo británico entierra un soldadito de plomo en algún lugar de Menorca e invita al Gobierno español a lanzar un ataque para desalojarlo.

A Ruina le hace poca gracia. Porque sabe que lo que hay en Perejil no son soldados de plomo, sino

gente de verdad con fusiles, y que si no se alcanza antes una solución negociada ningún F-18 despegará para tirar ninguna bomba sobre nada. Será a él y a los suyos a los que tirarán sobre la piedra para que la recuperen, a ser posible sin que los hombres armados que hay sobre ella les hagan fuego y teniendo mucho cuidado de no llevarse por delante a ninguno.

2

Ponerse a prueba

Están los cuatro sentados en torno a una mesa en la cantina de la base. Son las cinco de la tarde, hace cuatro días que los activaron y los nervios contenidos les arrugan el ceño y la frente. Llevan todo el día de preparativos, discutiendo con sus superiores las opciones, a la espera de una orden que no llega. La tarde anterior los pusieron en alerta y hasta llegaron a subir a los helicópteros para salir, pero justo entonces recibieron aviso de abortar. La acción está por ahora en los despachos de la alta política, que por los canales diplomáticos apremia a los invasores a depone-ner su actitud, hasta hoy sin éxito. En el ambiente está que avanzan hacia la colisión: ni los marroquíes dan su brazo a torcer ni el que toma las decisiones en la Moncloa es de los que aceptan así como así que no se le haga ningún caso.

Junto a Ruína y Bacterio se sientan a la mesa sus dos compañeros del alma, los otros dos sargentos con los que compartieron curso de operaciones especiales, un vínculo para siempre. Días interminables poniendo a prueba el cuerpo y la mente para tener derecho a estar allí, en el lugar donde ahora están y

en los cometidos a los que se los destina. Más allá de las propias líneas, en la intemperie y el riesgo que les corresponde a quienes no tienen a nadie por delante. A los cuatro se les ha brindado ya la ocasión de saborearlo, años atrás, en Mostar, donde les tocó vivir infiltrados y de paisano en los barrios malos de una ciudad en guerra, poniendo los ojos y los oídos allí donde no podían estar sus compañeros uniformados. Ese primer contacto con el verdadero peligro terminó de fraguar su amistad.

Los otros dos se llaman Manuel y José, pero cuando suena la hora de la verdad atienden por Lepanto y Mofeta, respectivamente. Los apodosos vienen de los días del curso. Ruina se ganó la fama de que quien con él iba se llevaba siempre todos los palos. Bacterio ganó su nombre gracias a las ideas de bombero con que siempre salía de los peores apuros. Lepanto se hizo con su rimbombante alias del modo menos glorioso posible: lesionándose un brazo por culpa de una caída y quedando temporalmente manco como Cervantes. A Mofeta le traicionó alguna incontinencia gaseosa una noche de imborrable recuerdo. Nadie dijo que el apodo fuera una manera de adquirir prestigio: es lo que se pone en el parche que se lleva sobre el equipo de combate y se grita en mitad del fregado, cuando llega. Preserva la identidad verdadera y sirve para darse por aludido cuando resulta más necesario, bajo las circunstancias perentorias de su oficio.

Bacterio, que es el que más sabe a esas alturas, está obligado a morderse la lengua, pero tampoco puede dejar de compartir alguna de sus conjeturas a

partir de lo que se le encarga en la segunda sección. Se lo debe a sus compañeros del alma, sobre todo a Ruina y Mofeta, que tienen todas las papeletas para montar en el helicóptero y saltar sobre el peñasco. Ya les ha ido facilitando toda la información que ha podido reunir sobre su orografía, sus dimensiones, sus recovecos. Con ella se ha elaborado el esquema de la maniobra, con una fuerza principal que tendría como misión limpiar la zona alta del islote y atacar luego el campamento enemigo y dos equipos de tiradores de precisión para cubrirlos y evitar cualquier posible respuesta de los marroquíes. Ya se han fijado las posiciones de unos y otros. Cuanto menos haya que improvisar, en la oscuridad de la noche y con la adrenalina por las nubes, más probabilidades de regresar enteros a casa y sin tener que lamentar bajas propias. Tampoco ajenas.

—Vamos, tío, no te hagas el interesante —le aprieta Mofeta.

—Os he contado todo lo que puedo contaros —se defiende.

—Pero no lo que importa. ¿Vamos a ir o no? —tercia Ruina.

—Y yo qué sé. Yo no voy a dar la orden.

—Pero tendrás tu idea de qué pinta tiene —deduce Lepanto. A él, si les dan luz verde, le espera una misión menos expuesta, asegurar la comunicación del equipo con el mando de la operación, asignado a un contralmirante. Tendrá que separarse de sus compañeros para embarcar en el buque de la Armada desde donde se dirigirá todo.

Bacterio sopesa lo que va a responder. La pinta

que tiene lo que sabe es que la operación se está preparando de veras. Le acaban de dar una orden que no deja lugar a dudas: esa misma madrugada tiene que salir con rumbo a Ceuta, acompañado por un especialista en transmisiones, con el encargo de embarcarse en una patrullera de la Guardia Civil. Desde ella debe completar y luego retransmitir, a partir de la observación directa, la información sobre el islote y la distribución del enemigo en su superficie. Se trata también de que esa observación sea lo más próxima posible al momento del asalto, para que el equipo disponga de la inteligencia más actualizada. El especialista en transmisiones lo ha conseguido poniéndose firme. No ha utilizado nunca el equipo de comunicación que le facilitan y no quiere correr el riesgo de meter la pata en el peor momento.

—Esto queda entre nosotros, espero —les advierte a los demás.

—Por la gloria de mi madre —jura Mofeta. El resto asiente.

—Me han dado un equipo de comunicaciones de los buenos y a un tío para manejarlo, al que le han jodido el permiso, dicho sea de paso. Le estoy esperando y esta misma noche nos vamos para abajo con toda la impedimenta. De paisano y en coche particular.

—Eso es que sí —apuesta Lepanto.

—Eso es que esta noche no duermo, o lo que pueda turnándome al volante con el otro. A partir de ahí, Dios y Aznar dirán.

Mofeta y Ruina se miran. Los dos tienen el pálpito. Va a ser que sí, que van a tener que descolgarse

sobre el pedrusco y hacerle sentir así al país vecino la soberanía que le disputa. Ese convencimiento, lejos de agitarlos, los tranquiliza. Lo que más inquieta y más fastidia es la incertidumbre. Ahora que sienten que van a tener que poner en práctica, en una acción real de guerra, lo que llevan años ensayando, en su ánimo se impone un súbito alivio. Para eso pidieron estar donde están y pasaron todos los filtros para lograrlo. Hay en ellos algo que no comprenden, ni comprenderán nunca, quienes en toda circunstancia prefieren buscar la mayor protección, el cómodo calor de la retaguardia. Una necesidad de ponerse a prueba, de sentir que son quienes creen ser, que merecen estar ahí. A partir de ese instante sólo piensan en todo lo que tendrán que hacer para ir y volver.